

punto y hora en que pasó la cabalgata. Ningun espectáculo en aquellos tiempos, competía con un espectáculo de este género. Los caballos, estimados en particular estima, eran, mas que cabalgaduras, compañeros del hombre. Sus gualdrapas de realces, sus bridas de oro, sus estribos de plata, los plumajes de sus frondales, las cintas de su crin, los ornaban de tan pintoresca suerte, que los pueblos se lanzaban furiosos á verlos, aplaudirlos y admirarlos. Imagináoslos circuidos de pajes, llevados por palafreneros brillantemente vestidos, soporcando en sus lomos la altiva carga de jinetes apuestos que lucían terciopelos ó brocados, y de damas envueltas en ricas telas de tisú y ceñidas por sartas de perlas y rubíes. Hermosas estas festividades en todas partes, lo eran mucho más en aquella Roma, donde á las armaduras cinceladas y damasquinas de la gente militar, á los blasones y preseas de la gente noble, á las sedas y gasas de las damas, á los armiños de los príncipes, se unían las capas pluviales de los obispos y arzobispos, la roja púrpura de los cardenales, el lujo casi oriental de los pontífices. En la monotonía de trajes á que nos ha obligado la precision de expresar por nuestras costumbres la uniformidad de nuestros derechos, apénas podemos comprender lo que sería una poblacion de tantas y tan varias categorías, necesitadas todas de vestir su respectivo pintoresco uniforme, en aquella época de riqueza espléndida y gusto exquisito que se llamaba Renacimiento. Aproximáos á las galerías marmóreas del cementerio de Pisa, entrad en la sacristía brillantísima de la catedral de Sienna, recorred esa série de frescos que señalan la historia del arte desde la iglesia de San Antonio de Padua, pintada por el Giotto, hasta la capilla del Vaticano, pintada por fra Angélico, y acaso viendo aquellas túnicas de raso relucientes, aquellas ropillas de damasco rameadas con hojas de oro, aquellas damas que llevan, ora trajes de terciopelo carmesí orlados con plumas de cisne, ora trajes de raso blanco ceñidos con redes de záfiro; aquellas comparsas de suizos y escuderos con sus alabardas que relucen como astros y sus uniformes que resplandecen como pedrería y sus plumajes de tantos colores, podeis formaros una idea de lo que debía ser la poblacion de Roma en la mañana del Sábado Santo, cuando se aglomeraba con aquella extraordinaria aglomeracion para ver un misterio religioso en el más bello de los escenarios, en la inmensa plaza de Letran.

Por fin comenzó la representacion. Las decoraciones tenían una variedad inmensa, y, para saber los objetos que representaban, no hay sino decir que comprendían desde las raíces del infierno hasta la Santísima Trinidad de los cielos, pasando por toda la tierra. Un solio de escalera dorada, y de paños celestes donde se veía respetable anciano, con manto rojo á la espalda, tiara pontificia á la cabeza, y bola áurea en las manos representaba el Eterno ántes de la creacion; una turba de niños vestidos con túnicas blancas y adornados con cabelleras rubias, llevando alas arreboladas como ná-

car y sandalias ceñidas con cintas de oro, representaban los ángeles destinados á traer y llevar los mandatos del Eterno; un bosque de naranjos y palmas, por el cual se veían varios surtidores, formado todo él de ramas naturales y pinturas un tanto chillonas, significaba el paraíso terrenal, en cuyo centro campeaba cargado manzano, alrededor del cual se ceñía y enroscaba, moviendo la lengua y los ojos, una serpiente de laton; la terrible caverna que estaba al lado, propia vivienda para aves nocturnas, evocaba el recuerdo de Cain fratricida; la fortaleza en ruinas de un poco más allá la confusion de las lenguas y la torre de Babel; junto al estelcolero, donde se dolía y se revolcaba Job, alzábase la montaña del Olimpo en que tañía su cítara Apolo y danzaban las nueve musas al son de los coros helénicos; la fuente cercana que fluía bajo un arco de mirtos, representaba la fuente Castalia en que iban á beber los poetas, y el arroyo de allá corriendo en pedregoso lecho, el rio Jordan en que se bautizaban los redentores; unas mujeres cubiertas como las plañideras de los entierros, anunciaban las Marías yendo en pos del sepulcro de Cristo, y otras mujeres vestidas de túnicas sencillas y coronadas de frescos laureles, representaban las sibilas profetizando la redencion universal de todos los séres; la Jerusalem de los profetas confundía sus muros almenados con los intercolumnios de la Atenas y de la Corinto de los artistas; el pesebre de Belen rodeado por los pastores, no estaba lejos del huerto de Getsemaní rodeado por los romanos; la casa de Zacarías, donde la Virgen sintió al Salvador en sus entrañas y entonó el *Magnificat* que debían cantar todas las generaciones, distaba cuatro pasos de la horca en que Júdas entregó entre estertores de rabia la condenada vida al suicidio; y cerca de un telon azul entre cuyos arreboles argentados centelleaban las estrellas matutinas, veíase un torreón negro como la pez, por cuyas hendeduras salían llamas rojas como sangre ardiente y en cuyas cimas se veían en tropel y en confusion los mismísimos diablos con largos rabos y puntiagudos cuernos; de suerte que recorriáse con la vista desde la luz increada ántes que en ella se dibujaran los soles más immaculados hasta las tinieblas eternas donde se recogen las cenizas y las pavesas de las criaturas más inmundas. La representacion parecíase á las decoraciones, y el argumento al escenario, imágen fidelísima de la época, confundían en grande confusion el paganismo con el cristianismo. Las sibilas respondían á los profetas; los oráculos de Delfos hablaban poco ántes ó poco despues que los doctores de la Iglesia; los dioses iban al par de los santos; la concha de nácar que realza el cuerpo de Vénus se ostentaba no lejos de la media luna que calzaba los piés santísimos de María; hablaba Cristo poco despues que Júpiter; y el mundo antiguo y el mundo moderno se confundían de tal suerte, que una parte del drama se asemejaba á una tragedia de Séneca y otra parte del drama se asemejaba á un misterio de la Edad Media, como si hubieran juntado sus cimas el Pindo y el Sinaí, el Híbla y el Calvario.

En el desarrollo de este drama, llegábase á eso de las diez del día, al acto más solemne, al acto de la resurreccion. Las puertas de la Basílica estaban abiertas de par en par, y las ceremonias de la misa indicaban la celeridad ó la pausa con que debía ir la representacion en las varias escenas. Cuando el celebrante iba á entonar el Gloria en la iglesia, las Marías iban á inquirir en el teatro si el cuerpo de Cristo se encontraba en el sepulcro. Nada más poético en esta historia evangélica que aquellas mujeres de Jerusalem, fidelísimas á la amistad del Crucificado, las cuales, despues de sostenerlo en la agonía entre las blasfemias y aun las amenazas del populacho, iban á cuidarlo, ya muerto y enterrado, al sepulcro, temerosas de que alguna mano profana hubiera removido aquellos restos, privándolos hasta del reposo eterno de la muerte. Su pregunta al encontrar el sepulcro vacío, esa pregunta llena de zozobras en su delicadeza y en su dulzura, queda respondida por los cánticos de la Iglesia. En efecto, así que anuncia el sacerdote la resurreccion de Cristo, el órgano de San Juan de Letran prorrumpe en alegres notas, las campanas de los innumerables campanarios romanos lanzan gozoso repique, el cañon de San Ángelo despide ruidosas salvas, las músicas esparcidas por todas partes entonan armoniosos himnos, el pueblo grita y vocifera, los sacerdotes cantan como si desearan hender los cielos con voces, la fúnebre cubierta que envuelve la Basílica desde el domingo de Pascua, se rasga, y los altares oscuros tanto tiempo se iluminan con luminarias semejantes ó bien á ideas vivas que arden al fuego de la inspiracion, ó bien á estrellas errantes que se redoran y reaniman al fuego del santuario. ¿Qué no sería, pues, el anuncio de la Gloria en la animada escena del teatro? Todos los asistentes á las innumerables lógias y tribunas se ponen de pié, y lanzan un clamor de regocijo. Todos los actores, cada cual en el sitio que ocupa, entonan melodiosos aleluyas. Todos los instrumentos rompen á una en concertadas sonatas. Todos los guardias, armados con armas de fuego, disparan sus arcabuces. Innumerables avecillas, ántes prisioneras, y en aquella hora devueltas á su libertad, hienden los aires llenos de gorjeos que parecen, ó llevar á los cielos ecos de la alegría que reina en la tierra, ó traer á la tierra ecos del hosanna que en las alturas entonan los ángeles del cielo. Una lluvia de primaverales flores, todavía humedecidas por el rocío de la mañana, cubre el suelo. Un regocijo natural mueve los ánimos. Parece que las injurias se olvidan, que los ódios se acallan, que las esperanzas renacen, que las ilusiones reverdecen á este comienzo de la Pascua, coincidiendo con la renovacion de la primavera.

Pues bien; toda la alegría que embargaba los ánimos, todos los matices que embellecian los cielos, todos los aromas que exhalaban las flores, toda la poesía que encerraba aquel instante, los aleluyas subiendo con las aves á las alturas, los himnos de regocijo mezclados con los airecillos de prima-

vera, el repique de las campanas y el sonido de las músicas, la emocion universal que diriais extendida hasta sobre los séres inanimados, encontró su expresion, su forma, su verbo, por una de esas súbitas iluminaciones propias del arte, en el cuadro debido á Lippi y consagrado á la resurreccion del Señor. Habia el artista vencido y sobrepujado su propio natural. A su realismo que, á veces, rayaba en vulgaridad y á veces en grosería, sustituyó en aquella obra una espiritualidad tan vaga y tan religiosa como si hubiera pintado el alma. De que tal resurreccion hiriese la mente del pueblo romano y arrebatara un aplauso pendia lo que podríamos llamar la entrada triunfante del pintor en la felicidad. Intentaba, pues, algo más que trazar un cuadro, intentaba obtener un triunfo. En las sombras de la tierra, mal iluminadas por un crepúsculo incierto, yacian tendidos los custodios romanos del sepulcro, con tanta exactitud de dibujo y tanta verdad de color, que en sus cuerpos se veía la fatiga del cansancio y la aspiracion del reposo. Esta era la parte verdaderamente realista del cuadro. El centinela, único que estaba de pié, habia perdido, al sacudimiento de la losa recién levantada, el casco, y se llevaba la mano izquierda, libre de toda arma, á los ojos, para preservarlos de la divina abrasadora luz caída sobre sus débiles pupilas. En esta parte del cuadro vencía el pintor una dificultad inmensa, reflejando lo sobrenatural en un rostro que expresaba á un tiempo la extrañeza asombrada y la ignorancia invencible, con mezcla de admiracion y de pena. Esta parte del cuadro representaba el término medio entre lo real y lo ideal. En cambio, la figura de Cristo entraba triunfante por los espléndidos celajes de las idealidades místicas. Su cuerpo estaba dibujado como pudiera estarlo el más hermoso cuerpo de Dios antiguo; su rostro tenia la expresion cristiana por excelencia, la expresion de la humanidad divinizada. Aun se sumergian sus piés en las sombras de la tierra y ya se elevaba su cabeza en el éther de los cielos. Su mano derecha asia la palma del martirio y su izquierda el laurel de la victoria. La cabellera que le caía sobre los hombros y la barba rubia le daban toques de luz tan vivos que lo creeriais iluminado por reflejos del Empíreo donde residen los arquetipos en que el universo se ha forjado y de que se ha desprendido el espíritu. La frente espaciosa ostentaba una serenidad divina. Los ojos, aunque destellando la luz increada, volvíanse hácia la tierra y expresaban como un gran sentimiento de perderla, á causa de las mismas penas que la habitan y de las mismas lágrimas que la riegan. Una atmósfera vaga como la celeste nube que se eleva de místico incensario, como el dulce destello de la lámpara que se refleja en los rayos de religiosa aureola, como el áureo brillo de los santuarios impregnados de oraciones rodeaba la cabeza del Salvador y envolvía de centelleos, que daban como éxtasis, los resplandores de su triunfo y de su gloria. Varios ángeles, que creeriais fatigados de recorrer los espacios, de alentar los mundos, de iluminar los soles, de esclarecer las almas, de subir sobre

sus alas multicores las plegarias humanas, reprimian su vuelo y se quedaban suspensos y arrobados en la contemplacion del divino vencedor de la muerte elevado á aquella exaltacion y florecimiento de la vida. Por fin, el artista habia casi conseguido un imposible, expresar ideas inefables en la expresion perfectisima del arte.

Al grito de regocijo inspirado por el cántico de gloria siguió un grito de admiracion inspirado por la vista del cuadro. Estos pueblos italianos del Renacimiento eran verdaderos ejércitos de la belleza, á la cual prestaban culto parecido al del caballero andante á su dama. Sin el aplauso unánime de las muchedumbres, sin la popularidad inmensa, sin la admiracion entusiasta, sin la fama ruidosísima, no hubiera podido existir aquel coro de artistas que consagrara su vida á la hermosura como pudieran otros consagrarla á la religion y á la penitencia. El cuadro acababa de ser descubierto en momento tan solemne, con oportunidad tan grande, que sobrecogió los ánimos al paso de esos minutos rarísimos en que todos los sentimientos se desbordan sin tasa y la admiracion se rinde sin reserva. Tras largo misterio, que, á cierta distancia, parecia muda pantomima, presentábase admirable cuadro conteniendo en forma bellísima alguna parte del sentimiento ó de la idea que cada cual llevaba en su corazon ó en su inteligencia. Como solo hubo un grito para bendecir la resurreccion, y un grito para admirar el cuadro, solo hubo un grito para aclamar al pintor. Y aquel grito se expresó de una manera: ¡El triunfo! ¡el triunfo! ¡el triunfo! Las gentes pedian á una que Lippi obtuviese la misma honra obtenida en otros dias por Petrarca sobre el Capitolio. Y cuando el pueblo romano decretaba á gritos una de estas victorias artísticas, no habia mas remedio que reconocerla y consagrarla. Mas ¡cuán grave cosa en la ciudad santa, ó indisponerse con el pueblo, ó decretar el triunfo á un fraile menospreciador de sus votos, á un artista escapado á la proteccion de su convento, á un cautivo de aventuras escandalosas y de manumision extraña, á un hombre, en fin, mas propio para ornar la córte de cualquier príncipe pagano, que la córte de un Monarca-Pontífice! Ocurrióse, pues, á la curia romana que Lippi saliera de Roma á fin de evitar tal escándalo. Pero Lippi dijo que no saldría sino hecho pedazos ó con la bula que le eximiera de sus votos y le autorizara á contraer matrimonio. Por fin, la curia romana, con su astucia natural, prefirió este escándalo menor y casi privado al escándalo público de la coronacion. Y soltó la bula. Fra Filippo Lippi dejaba, pues, su cogulla de fraile para tomar su condicion sencilla de ciudadano; Fra Filippo Lippi se casaba, á pesar de las maniobras empleadas y del dinero derramado por Guido Montaperto. El cardenal á quien Lorenzo el Magnífico lo recomendara, conociendo en justicia que tal resultado era debido al mérito de Lippi y no al influjo suyo, quiso compensarle su falta con alguna provechosa compensacion, y

le procuró las pinturas al fresco de la catedral de Spoleto. Allá se dirigió Lippi, allá citó á Lucrecia, allá debia celebrarse el casamiento, allá trascurrir la luna de miel de aquellos dos amantes unidos por un amor tan intenso y separados por una desgracia tan implacable. Y allá tambien se fué Guido Montaperto.